

os faré que en todos vuestros días non veais cosa con que hayais alegría, á ante que el sol se ponga, entrarán los cativos en malas prisiones por vos.» Cuando los cativos oyeron aquello, hobieron muy gran pesar, é dijieron en sus corazones que ellos vengarian á Corvalan; é el conde Harpin de Beorges estaba armado sobre su caballo, é cuando vió contender los dos reyes en uno, dijo que si él pudiere, que él se haria conocer; é dicho esto, fué á ferir al rey Lion de la montaña; pero que bien habia tres años que non trujiera armas, é estaba ya cuanto desusado dellas, é hiriólo en el escudo; así que, gelo falsó, é pasóle la loriga é desmallógela, é cortóle ya cuanto en el cuerpo, é salió la sangre tanta, que cayó sobre la silla; é tan grande fué el golpe que don Harpin de Beorges le dió, que le derribó en el arenal al rey Lion de la montaña, é metió mano á la espada, é allí vengara luego á Corvalan, sino por mas de dos mil turcos arqueros de los suyos que le accorrieron, hiriéndole de los arcos, é hóbole por aquellos de dejar, maguer non quiso, é hiriéronle en el escudo muchas saetas, mas non le entraba ninguna que á la carne llegase. E el rey Lion levantóse é subió en su caballo. E don Harpin de Beorges, heriendo é matando, fallóse con Corvalan, que estaba de pié, que le habian derribado, é llegó allí don Harpin de Beorges, é traía un caballo que tomara en la batalla, porque le semejava bueno é lo parecía, é dijo á Corvalan: «Tomad este caballo, é subid priado en él, é tornad á la batalla, é non tardeis.» E Corvalan tomó el caballo, é plúgole mucho con él, tanto, que non le diera estonces por su peso de oro, é dijo á su gente: «Señores, sed buenos é trabajad de hacerlo bien; ca si yo de aquí vivo quedo, tanto os daré de lo mio, que el mas pobre de vos será muy rico por siempre.» E ellos dijieron que así lo farian, é que se esforzase él, que ellos non le fallerian fasta que uno dellos non fuese vivo. Lion, que subiera ya en su caballo, como es dicho, fué acabdillando su gente, é comenzó la batalla muy de récio; esa hora se volvió la batalla de Lion con la de Corvalan, é allí hobo muchos caballeros derribados de los caballos á tierra, é dellos muertos é muy mal llagados; así que, todo el campo yacía cubierto dellos; allí se daban grandes voces é grandes gritos, los unos por esforzar é los otros muriendo; é esta batalla de la gente de los moros se hizo á la sobida de un otero, partiéndose del vado, é tantas lanzas eran quebradas é tantas lorigas se falsaban, que non era sinon gran maravilla; é tan fuertemente tañian allí los atambores por avivar las compañías á la lid, que bien lo podrian oír á dos leguas. E en esto vino el turco que llamaban Arsulam (1), que era hijo de Golias é sobrino del rey Religión, en muy buen caballo, é andaba por las haeces demandando por Ricarte, diciendo á grandes voces que matara á su padre á gran traicion, é que él tomara venganza dél, ca le tajaria la cabeza é le haria enhorcar el cuerpo. Cuando esto oyó Corvalan, fuése luego para él, é dijole que por qué demandaba por Ricarte, ca él sabia bien que el Soldan le reptara de traicion á él é á Ricarte, que lidiara por él con dos tureos

(1) En el impreso *Astrulan*; verdad es que el nombre del hijo de Golias se halla escrito de tres distintas maneras: *Zofulan*, *Arsulam* y *Astrulam*.

é lo salvara; é pesase á quien quiera, mas si la batalla quiesiese, que la hiciesen. E Astrulan dijo que eso queria él; é aguijaron los caballos uno para otro, é diéronse tales golpes en los escudos, que quebrataron las lanzas é derribáronse amos á dos en el arenal. Mas levantáronse luego, é metieron mano á las espaldas é acometiéronse muy de récio; mas la gente de Lion, que eran muchos, cercáronlos á derredor, é tomaron á Corvalan é queríanle cortar la cabeza; mas acorriéronle los cativos, que lo vieron luego, é hobieron gran miedo, é venieron luego corriendo cuanto mas pudieron de caballo é de pié, llamando todos á una voz: «¡Monjaya, Monjaya!» E entraron en la gran priesa, heriendo de espadas é de lanzas é de porras é de piedras, é quitáronles á Corvalan; é Corvalan cabalgó, é comenzó de ayudar á los cativos, que eran de su parte, é hizo á los enemigos tirar afuera cuanto un trecho de piedra. Muy grande fué allí aquella batalla, é bien se combatieron los turcos é los persianos, é hicieron muchos golpes, é quebrataron lanzas, é falsaron escudos é lorigas, é mataron muchos los unos de los otros, é tañian bocinas é atambores, é hacian tan grande ruido, que era gran maravilla. E los cativos estonce defendiéronse muy bien, é mataron allí setecientos de sus enemigos, é aun mas; é armáronse muy bien los viejos é los mancebos de las armas que ganaron de los turcos que yacian por el campo. Arsulam huyó con gran pérdida é con gran daño, é el rey Lion otrosí. El Soldan, que non sabia ninguna cosa desto, cuando gelo contaron fué muy sañado, é envió luego por ellos, é ellos vinieron luego á su mandado; é cuando llegaron al Soldan non los quiso saludar, ante los comenzó á denostar é á mal traer, diciéndoles hijos d'enemiga, moros descreidos, que hicieran gran falsedad contra él en quebrantar su verdad é la su ley, é perjurar sus dioses Caim é Mahoma, yendo contra aquellos que él habia asegurado é atreguado, é que non comeria nin beberia hasta que ficiese justicia dellos, é esto que sería luego. E por juicio de su corte fizo enborcar ciento é cincuenta dellos, é en pos desto envió luego á decir á Corvalan, como á su amigo é á su privado, que de aquella traicion non supiera él ninguna cosa, é de aquella, si menester fuese, que se salvaria por armas; é Corvalan creyólo ciertamente que aquello non fuera por su consejo dél. E Corvalan, despues que hobo vencida la batalla, descendió allí á pié por holgar un poco é por hacer curar de los heridos, é cabalgó luego que los heridos fueron catados, é entró en su camino, mas iba llagado en el cuerpo de una llaga muy peligrosa; así que, apenas podia cabalgar della, é perdía la color á menudo, ca tanta habia perdido de la sangre, que era muy enflaquecido. Mucho amaba Corvalan á Ricarte porque venciera los dos turcos, por quien él habia cobrado su tierra é su honra, é otrosí á los cativos preciábalos sobre todas las otras gentes, é guardábalos cuanto mas podia. Yendo así andando su camino derecho para Oliferna, levantóse una gran tempestad de vientos é de pedriscos que caian de las nubes, é torbellino que revolvia el polvo, é tan grande é tan espeso, que les quitó la vista; así que, non vieron el camino é perdiéronle, é tomaron á siniestro, cerca del monte que dicen

Tigris, do son las piedras vellosas, por una carrera antigua, que no era usada ya de andar, é era ya cubierta de yerba verde é de hiedra, é hacia una calura tan grande, que los quemaba; é entraron en la tierra del rey que decian Abraham. E habia una muy gran sierpe, de la cual contarémos agora aquí, en aquella tierra del monte Tigris en una peña muy alta, é esta era una bestia fiera, muy grande é muy espantosa además, que estaba en una cueva, é tenia en el cuerpo treinta piés en luengo, é en la cola, que habia muy gorda doce palmos, con que daba tan grande herida, que non habia cosa viva á que alcanzase, que non la matase de un golpe; las uñas habia tan luengas como una vara de cuatro palmos, é cortaban como navaja, é eran tan agudas como aiezna; é los sus dientes agudos é luengos mas que los de la víbora; é el su cuerpo era como concha, é tan duro, que ninguna arma non gelo podria falsar, é era grande é espesa é embarnecida de su cuerpo, é hecha de tantas colores, que non se podrian contar; tanto eran entremezeladas las unas con las otras, pero á lugares apartados entre sí, ca era de la color que llaman añir, é de color de pez é de bray é de verde. Otrosí era á lugares negra é bermeja é amarilla, de la color de la pantera, que es otrosí bestia de muchas colores, é por ende llaman algunos jaspe pantera, porque son las colores tan mezcladas en ellas, que non las podrian contar ni decir nombre cierto; pero es aquella bestia fiera la que llaman en España loba cervical, é los latinos le dicen pantera; é habia cabellos luengos cuanto un palmo, é duros, é tales é tan fermosos como filos de oro, é la cabeza grande é ancha, é los oídos muy espantosos de ver, é las orejas mayores que de una adaraga, con que se escudaba é se encubria á manera de esgremidores, de tal forma, que non la podia ninguno herir en la cabeza, é daba tan grandes voces, que se podrian oír á grandes dos leguas, é traía en la frente una piedra, que relumbraba tanto, que podria hombre ver de noche la su claridad á dos leguas é media, é non pasaba ninguno por aquel camino que della pudiese escapar á vida, é habia destruido esa tierra yerma á derredor tres jornadas, ca las gentes de las villas é de los castillos al derredor eran huidos por miedo della; é por ende, non habia hí quien labrase ni habia hí vianda ninguna. E así como habédes oído ante desto, anduvo Corvalan é su gente por aquella tierra bien diez leguas, tamañas como las que hacen en Francia, cerca del monte Tigris, que non vieron los unos á los otros; tanto era turbado el aire del fuerte tiempo de la tempestad con el polvo; é hacia otrosí la calura tan grande, que estaban en muy gran cuita los hombres de sed, é las bestias. E por el gran trabajo del mucho andar de aquella manera, é la calura é el desmayo del mal temporal sobresanaron á Ricarte de Caumont las llagas que le hicieran Golias de Mecca é Sorgales de Valgris, así como lo habemos contado ante desto, é saliera á Ricarte tanta de sangre, que perdiera la color é estaba flaco; é cabalgáronle por aquello en una mula que andaba bien, porque lo levase mas liano, é fueron andando fasta que llegaron al pié de aquella montaña que dicen Tigris. E hallaron hí un soto, que fuera huerta cuando la tierra estaba poblada, en que habia muchas

naturas de árboles, departidos de muchas maneras, de frutas é de especias; é debajo un gran árbol hallaron una fuente, que no era usada de beber en ella hombres ni bestias; é allí cerca de aquella fuente descabalgó Corvalan, ca se sentia muy malo de las llagas, é descabalgaron ahí todas sus gentes, ca venian cansadas por el gran trabajo que habian levado; é ficieron su cama á Corvalan sobre la yerba verde, é los ciento é cincuenta cativos estaban hí en derredor, é habia ya cesado el tiempo de la tempestad, é era ya hora de nona, pero aun hacia calura; é comieron allí de aquello que traían, é bebieron de aquella agua de que habian gran deseo, é los caballos comian de la yerba, é dijoles allí Corvalan: «Nosotros somos fuera de nuestro camino muy léjos, de manera que nos sería gran trabajo agora de nos tornar allá. E pues que así es, holguemos aquí esta noche, é fincad aquí vuestras tiendas, que aun flaco me siento de las llagas, é Ricarte, otrosí, que es llagado é ha perdido la color por la mucha sangre que le salió; é pues que Dios nos deparó esta fuente, folguemos aquí en ella fasta mañana, que veamos por dó andar é tornarnos á la carrera.» Cuando los cativos esto oyeron que allí querian fincar, fueron muy alegres; é los moros otrosí armaron luego la tienda de Corvalan, que era muy noble, é habia encima della una manzana de oro, en que estaba asentada una águila muy rica é sotilmente; é la tienda era labrada de figuras de bestias é de aves de muchas maneras, é las cuerdas de seda; é en aquella tienda tendieran á Corvalan una colcha de xamet, en que se asentaron á derredor los cativos; é dijo él á su gente que non se derramasen, é que estuviesen apercebidos, ca en aquella tierra andaba una sierpe que era muy temida, que tantos hombres habia muerto, que eran sin cuenta, é por ella era yerma toda aquella tierra; é si por aventura acaesciese que á ellos saliese, que se defendiesen della muy bien con dardos é con espadas é con saetas é con lanzas, é que non catase el uno por el otro, mas el que mas pudiese hacer que mas ficiese; si non, que fuesen ciertos que ninguno non escaparia della. Dijo don Harpin: «Señor, non desmayeis, ca si la sierpe viniere, fio yo por Dios que él nos dará venganza della. —Por Mahoma, dijo Corvalan, yo sería mas alegre que non si cresciesen en mi tierra cuatro cibdades mas que non hay agora.» E desta manera holgaron allí aquel día é la noche, é se guardaron lo mejor que pudieron; que eran muy cansados.

CAPITULO CCXLIII.

Deja la historia de hablar desto, é torna á contar del rey Abraham é de Arnol.

El rey Abraham era señor de aquella tierra, que habia destruido aquella bestia tres jornadas á derredor de aquel monte Tigris, así como habeis oído ante desto; é lidiara ya él con ella cuatro veces con quince mil hombres de armas, é matáragelos ella todos, sino muy pocos que le quedaron; é cuando vió que lo non podia ya sufrir, envióse á querellar al soldan de Persia, que, pues que él su vasallo era é tenia dél tierra, que le amparase de aquella sierpe, que le habia quitado é destruido gran parte de lo suyo, é lo habia perdido por

ella. E el Soldan, quando aquello oyó, ayuntóse con sesenta mil turcos, é mandólos aderezar, é tomó su camino para el monte Tigris para buscar aquella sierpe, é si la hallase, lidiar con ella. E este rey Abraham había de dar al Soldan cada año mil marcos de plata en parias; é quando vió el plazo, aparejó su dinero para enviárgelo, é llamó á un su cativo, que decían Arnol, que cativara al paso de Cevicot, quando fué destruida la hueste de Pedro el Ermitaño, é díjole: «Arnol, yo conozco de tí que eres hombre de pro, é entiendes é sabes muy bien los lenguajes de los turcos é de las otras gentes; é por ende, quiero que lieves al Soldan estas parias que aquí ves, con este asno, que es muy extraño, é saludármelo has, é encomiéndame mucho en su gracia, é dile cómo gelo envío yo; é quando aquí Hegares, yo te prometo que luego te saque de cativo é te ahorraré, é te haré mucho bien é mucha merced; si te quisieres tornar de nuestra ley, darte he la mi hermana por mujer.» Quando Arnol oyó la gran merced que le prometía su señor, hobo muy gran alegría, é fuéle á besar el pié, mas non gelo quiso dar el rey Abraham, antes lo tomó por la mano é levantólo, é díjole: «Arnol, tú eres hombre de bien, é agora terné ojo é veré cómo lo harás.» Estonce lo mandó vestir muy bien, é díjole compañía que fuese con él é todo lo que hobiese menester; é díjole que se guardase de allegarse á la montaña Tigris, ca bien la podría ver de léjos. Esto decia aquel rey Abraham á aquel su cativo Arnol por razon de aquella sierpe que habeis oido que estaba ahí, é era bestia muy mala é muy espantosa, que mataba cuantas cosas vivas alcanzaba, que ninguna le podia huir, é había destruido toda aquella tierra á derredor del monte; é si á cuatro leguas de aquel llegase que la bestia le pudiese sentir, aunque llevase cien turcos consigo de los escogidos é que fuesen muy bien armados, uno dellos non escaparía vivo. Mas enseñóle é mandóle que dejase la carrera de diestro, que se acostaba al monte, é tomase la siniestra. E Arnol respondióle á todo lo que decia que bien lo había entendido, é que si Dios quisiese, que todo lo cumpliría é guardaría así como lo él mandaba, é ciñióse una espada, é tomó un arco con sus saetas, é despidióse de su señor, é tomó sus parias é sus presentes, é sus compañeros con él. E al cuarto día acaeciósle muy fuerte ventura, ca se levantaron vientos que se combatian unos con otros, é comenzóse el aire á enturbiar, é en esto levantóse una nube muy espesa é tan oscura, que perdió la vista é el conocer de la tierra; é acaecióle otra malandanza: que se perdió de sus compañeros, de manera que non sabia do estaba, é perdió el camino, é non supo á cuál parte tornar, é anduvo así, que non sabia de sí parte, é non se cató, quando vido la montaña del monte Tigris, ca era ya hora de mediodía quando cesaron los vientos é la oscuridad, é levantóse estonce un calor tan grande, que era maravilla; é Arnol vió el monte Tigris, é fué muy espantado por lo que le había dicho su señor, é quisose tornar; mas tanto era ya llegado al monte, que vió aquella bestia mala, é descendió muy hambrienta del monte, que había ya cinco dias que no comiera, é venia la garganta abierta contra Arnol; é quando la vió Arnol de aquella manera venir, perdió el corazón é el

esfuerzo que antes tenia, é dijo: «¡Ay cativo, agora seré todo desfecho; jamás nunca tornaré á Balbais (1), donde soy natural, ni veré mis hijos ni mi mujer, que deseaba mucho ver! Ay hermano Baldovin, nunca me veréis, ni yo á vos, de lo cual he gran pesar! ¡Oh verdadero padre, Jesucristo, no se os olvide este vuestro cativo! ¡Ay virgen santa María, madre de Dios, acordadme é habed merced de la mi alma, ca bien veo que los mis dias acabados son para siempre jamás!»

CAPITULO CCXLIV.

Cómo Baldovin oyó la voz que daba Arnol, é de cómo pidió por merced á Corvalan que le otorgase la lid.

Esta manera rogaba Arnol á nuestro Señor Dios, quando vió la sierpe que venia por comer á él é al asno que levaba, é feria en sus pechos é hacia su oracion; mas apretó la cinta de la espada é revolvióla á derredor de sí, é tiró á la sierpe con aquel arco turqués que él traía, de que se solía él bien ayudar do la su fuerza podia, é hirióla, mas no le hizo ningun mal, ca tan duro había el cuero como es dicho; así que, gelo non pudo falsar mas que si fuese de acero templado, é quebró la saeta por el hierro é por el asta. E la sierpe arremetióse á él é tomóle en las manos é alzólo arriba muy alto, é quando cayó quebróle la pierna, é mató á los que con él venian, é tomó á él en la garganta, é hirió al asno con la cola tan gran golpe, que le mató de la primera herida; é luego tomóle en las manos é echósele al pescuezo, é comenzó de subir la montaña arriba, é Arnol daba voces quanto podia: «¡Oh Jesucristo, Señor, qué fuerte ventura fué esta mia, é habed merced de la mi alma! Mezquino cativo, la gente de mi tierra no sabrán que sierpe me comió é me mató.» Estonces Corvalan, que estaba en el vergel, oyó las voces de Arnol, é levantóse en pié é dijo á los cativos é á los turcos: «¿No oídes cómo da voces un hombre que parece estar en gran trabajo? No sé si es turco ó si es cativo. Parad mientes entre vos si fallece alguno, ca muy gran mançilla he dél.» Dijo la su gente: «Señor, quien quier que es, gran miedo ha; por aventura si es alguno de los nuestros cativos que se apartó de nos é vió la sierpe, que es muy espantosa é muy peligrosa de ver.» Quando Baldovin aquello oyó, vino corriendo al rey Corvalan é díjole: «Señor, por Dios catad si oyédes mas aquel hombre.» E diciendo aquesto, Baldovin oyó la voz de aquel Arnol que decia: «¡Santa María, cómo só desfecho! Jamás no veré la cibdad de Balbais, ni mis hijos, ni mi mujer, ni mi hermano Baldovin.»

CAPITULO CCXLV.

Cómo Corvalan quisiera estorbar la pelea de Baldovin é de la sierpe, é cómo Baldovin la fué buscar.

Despues que Baldovin entendió bien lo que decia su hermano, hobo muy gran pesar, é hincó los hinojos ante Corvalan é díjole: «Señor, aquel es mi hermano, que lleva la sierpe, ca yo lo conozco muy bien en la voz é en lo que dijo; é pídvos de merced que me otorguédes que lidie yo con ella, ca yo fio por Dios que me ayudará é me dará ventura, é la mataré yo é vengaré á mi hermano, é mandadme dar las armas que hobiere me-

(1) Beauvais.

ner. » Díjole Corvalan: Amigo, tirate desta locura, ca non aprovecha nada contra la sierpe; ca si tovieses contigo cuantos hay de aquí á Tabaria, é estuvieses con ellos en la peña, non te aprovecharian ni te ayudarian contra aquella bestia, ni escaparía uno vivo; aun te digo mas: que el Soldan de Persia, con cuanta gente é esfuerzo podría haber, non la podría matar, é además, el monte es yermo é peligroso para andar por él, por las piedras que hay en él, que son movedizas é todas vellosas, é yacen en el recuesto de todas partes; é no hay agua é hay muchos caños cubiertos, do se crian é andan muchas bestias fieras, é no hay carrera salida que hombre pueda tomar para hallar la sierpe, sino á dicha; de manera que non sabe hombre dó saldrá á él aquel vestigio, ni hallamos por testimonio ni por escripto que caballero allá subiese jamás, ni mula ni asno ni camello; demás, que me contó un moro de Anconia que de la otra parte á par del pié de la montaña había una cibdad antigua, muy grande é muy bien poblada, é muy rica de todo bien cuando poblada estaba, mas díjome que viera aquella sierpe, é desde tomara aquella cibdad, que nunca della se partiera fasta que comiera los moradores della é matara los unos é los otros, é otros huyeron; así que, non quedó en ella uno vivo, é fincó la cibdad desamparada é yerma; é toda esta cibdad destruyó aquella sierpe que tú quieres ir á buscar.» Dijo Baldovin: «Señor, esto que vos decis son grandes maravillas, pero todavía quíerome yo ir á probar con ella, con la ayuda de Dios.» Corvalan le dijo: «Por Mahoma, no lo harás por mi mandado, antes te lo defiendo bien; é yo mesmo haria gran locura é gran atrevimiento, é cuantos aquí somos, en ir á allá; é mas digo: que grande locura hecimos ayer de hincar aquí ant'ella, ca hoy de gran madrugada debiéramos ser movidos de aquí con nuestras tiendas é con todo lo nuestro.» Estonces mandó á su gente que aderezasen de cargar é que se fuesen, ca mucho deseaba él ver á Oliferna, la su buena cibdad, é había gran miedo de la sierpe que los mataría ante á todos. Quando Baldovin vió que Corvalan mandaba cargar, pidióle merced que estuviese ahí aquel día; ca él juraba por la fe que debía á sus compañeros, que ante de la noche perderia la sierpe la vida, ó él seria tan vencido, que non se podría mandar; mas dijo que tal esperanza había él en Jesucristo, que subiria él al monte de pié, é que si la sierpe él hallase, que la mataría é vengaría á su hermano; si non, que nunca entraría en Francia ni vería cosa de que alegría hobiese. Dijo Corvalan: «Amigo, faz agora lo que quisieres, pues que non me quieres crear de consejo, ca yo nunca te hablaré mas en ello; pero tanto quiero hacer por amor de tí, que quedaré esta noche aquí é hablaré con mi gente, é si me lo aconsejare, dejarte he sobir al monte, é darte he armas cuales tú quisieres é escogieres.» Estonces llamó Corvalan á aquellos con que se había de aconsejar, é á los cativos otrosí, é díjoles: «¿Qué me aconsejades sobre este hecho? E vos, Ricarte é Harpin de Beorges, dadme consejo dello é de lo que teneis por bien, ca en esto quíerovos crear de consejo.» A esto respondió el conde Harpin de Beorges, é dijo: «Señor, yo vos daré buen consejo, segun mi seso, é non perderéis ahí nada, é es, que otorguéis á Baldovin á su voluntad

todo aquello que vos demanda, é váyase para la sierpe; ca yo he tal esperanza en Dios é en sus santos que él matará la sierpe, donde nos todos serémos honrados é alegres.» E estonces le otorgó Corvalan, pues que él fiaba tanto en Dios, que fuese. E hizo estonce traer muy buenas armas para Baldovin, de que hobo muy gran placer, é dijo: «Este don es muy bueno;» é alzó las manos al cielo é dió gracias á nuestro Señor Dios, é quiso besar el pié por ello á Corvalan, mas non quiso Corvalan, é tomóle por la mano é alzólo donde estaba, los hinojos fincados, é díjole: «Amigo, aquel Dios que hizo el cielo é la tierra, envíe sobre tí la su virtud; é vé á acabar aquello por que vas é te torne en salvo; ca aun hasta hoy nunca fué en este mundo quien tan grande fecho cometiese como tú vas á comer.» Baldovin tomó entonces una loriga, que era blanca como flor de lirio blanco, é armóse della luego, é puso en la cabeza un yelmo é ciñió dos espadas muy buenas, é llamó al obispo de Fores é habló con él su penitencia, como hombre que se iba á meter en tan gran peligro de muerte. E díjole el Obispo despues de la confesion: «Baldovin, buena creencia tienes; yo te dó por penitencia que seas salvo de todos tus pecados, é si tornares á tierra de cristianos, que hagas mal á moros quanto pudieres, que tanto mal han hecho á nos é tanto nos han martirizado. E Baldovin otorgógelo, é mandóle fincar los hinojos en tierra é ferir en sus pechos. E mostróle estonces los nombres de Dios; que llamase quando se viese en afrenta de muerte; é aquella fué la causa por lo que él escapó despues del muy gran peligro, quando las manos ni las armas no le aprovechaban; é díjole que fuese muy esforzado é no hobiese miedo ninguno, porque aquel fecho que él acometía, que era muy peligroso, é quando se viese en grande estrecho, que llamase aquellos nombres de Dios; é rogó á Dios por aquellos mesmos nombres muy altos que le dejase tornar en salvo del monte Tigris é matase la sierpe é viese el lugar do Jesucristo fuera vivo é muerto. E porque Dios le dejase vencer, prometió al Obispo que él serviría un año é quince dias, é despues llamó al dispensero del Rey que le diese un pan, é tomó el escudo que Baldovin había de llevar al monte, é puso el pan sobre el escudo é dijo misa de san Espíritus, é comulgó allí á Baldovin, é despues llamó al abad de Sandanis é díjole: «Abad, védes aquí vuestro compañero, que ha menester mucho la ayuda de aquel que nos hizo; ya le mostré yo lo que entendí que le ternía pró, é ruégovos que le mostreis vos otrosí de aquel bien que Dios puso en vos.» E el Abad dijo que lo haria muy de grado, é dijo á Baldovin: «Tú eres hombre de gran corazón; que quiera que sea de tí, Dios te perdone tus pecados.» E dióle estonces una carta, que era de gran virtud, en que estaban escriptos los sesenta é dos nombres de Dios, é díjole: «Yo te dó esta carta, que te será muy buena en tiempo de necesidad, é en quanto la tovieres contigo non morirás mala muerte, si buena esperanza hobieres en Dios, ca es muy santa cosa; ca yo la he guardado muy gran tiempo há, que nunca la mostré á hombre del mundo, é traerla has colgada al cuello.» E abrióla estonces él, é mostróle cuáles nombres dijiese quando en peligro se viese, é díjole que non temiese, é pensase de subir al

monte, ca Dios sería con él. E Baldovin rogó al obispo de Fores que rogase á Dios por él, é rogó á sus compañeros que non se partiesen de aquel lugar hasta que supiesen dél, si era muerto ó vivo; que él tornaría lo mas ahína que pudiese, si Dios quisiese; é ellos dijéronle é prometieronle que así lo farían; é dijoles que si había alguno á quien hobiese fecho pesar, que lo perdonase, que non sabía si le vería mas; é perdonaronle todos, é dió á cada uno paz, é fuése cuanto mas pudo de pié, armado de las armas que dicho habemos, llorando muy piadosamente, é los que quedaban lloraban otrosí, como hombres que lo amaban muy de corazón é que non le pensaban jamás ver. E Corvalan mesmo hobo muy gran piedad, é fué muy maravillado cómo se aventuraba á tan gran peligro, é llamó á sus moros, é asentóse con ellos en un campo sobre la yerba, é dijo: «¿Non védes cómo es este francés fuera de su seso? Tanto ha gran ardimiento en sí, que yo pienso que es loco, ca si falla la sierpe, nunca mas tornará acá.» E dijo luego que dijiera mal, porque el Dios en que él creía era muy poderoso é que le non dejaría perder; ca védes cómo sacó estos otros cativos de prisión é al cabo todos los salvará. Baldovin estonce comenzó á subir el monte arriba, é en subiendo, halló una carrera antigua, que fuera tajada con picos, é ficiérala hacer un rey ante que nuestro Señor Jesucristo nasciese de la vírgen santa María. E aquella carrera usaba mucho á menudo la sierpe, é era de todas partes cerrada de cardos é de espinas é de zarzas, de manera que ningún hombre que en ella entrase non podría salir della, quier por las espinas ó quier por las piedras, que eran muy agudas; estonce alzó la mano Baldovin é santiguóse é encomendóse á Dios, é fué así andando fasta que se sintió cansado por las armas que traía é por la gran calor que hacía, que se non podía ya mover, é acostóse á una peña. E estando allí, vió unos valles fondos, é barrancos por ellos muy espantosos, como aquel que era el mas yermo lugar que nunca viera; é vió por hí andar á muchas partes culebras de muchas maneras, que salían é entraban por las cuevas; é por la gran calor salían al sol muchas alimañas de aquellas que dicen en aquella tierra vermenias, é eran de muy extrañas figuras é corrian á muchas partes, saliendo é haciendo gran ruido. E cuando vió Baldovin aquellas figuras tan extrañas de aquellas bestias, dijo: «¡Ay Dios! Señor, válaste; é tú, vírgen santa María, acórreme, que non sea hoy desfecho destas vermenias ni comido. ¡Ay Dios! ¿Dó es la sierpe que mató á mi hermano? Bien creo que nunca fué hombre que aquí subiese.» E despues que esto hobo dicho, levantóse descansado ya, é fué andando, é descansó cinco veces ante que subiese encima del monte; é cuando llegó á la meitad de la subida, estovo quedo hí hasta que esfrió el aire, é despues llegó á una mezquita toda caída, é vió muchos caños que salían de las peñas, é miró á todas partes é vió el lugar tan desierto é tan despoblado, que non era sino gran maravilla, é dijo esta oracion á nuestro Señor: «Dios Padre poderoso, que criaste las criaturas del cielo é de la tierra, é sacaste del costado de Adán á Eva, su mujer, é metístelos en paraíso, é mandástelos que comiesen todos los frutos, sino de un árbol

que era en medio del paraíso señaladamente, de que ellos non se supieron guardar, é comieron dél por consejo del diablo, é fué Adán engañado por su mujer Eva, é comieron despues su pan siempre con sudor é fueron al infierno por este pecado, é estovieron hí hasta que los veniste á sacar dende por tu Hijo, que enviaste en la tierra cuando el ángel Gabriel saludó á la vírgen santa María, é dijole que ella concibiría al Señor del cielo é de la tierra, é fué así. E nació despues nuestro Señor Jesucristo en Belén, é pareció por ende la estrella á los tres reyes de Oriente, Gaspar, Baltasar é Melchior, que le venieron á adorar é le ofrecieron oro é mirra é encienso. Señor, por los tus altos miragros que tú feciste, te pido merced que hoy en este día envíes la tu gracia sobre mí.» E despues que hobo acabado su oracion, subió sobre una peña que era mucho vellosa, é tuvo ojo á la mezquita de que habemos ya dicho. E ficiérala hacer el rey que dijieron Gloran de Esclavonia, que fuera un gentil; é era uno de los hombres mas crueles que hobo en Turquía. E fué en el tiempo del rey Heródes, é era su hermano, é facía meter en esta mezquita los hombres que creían en Dios, é despues matábalos. E este rey fizo hacer la carrera é la sobida hasta encima de aquel monte, é labróla con picos é con otras ferramientas, ca se había de hacer por peña por do fuesen los hombres á orar á aquella mezquita; é por la carrera desta sobida iba é venía aquella sierpe; é por allí subió Baldovin, é despues que murió el rey Gloran fincó el monte Tigris despoblado encima. E desde aquel tiempo vivía allí aquella bestia mala; mas nunca hallaron en scripto que ficiese mal á ninguna cosa, hasta que la hueste de Pedro el Ermitaño fué desbaratada, segun habemos dicho ante desto; ca estonces entró el diablo en ella por la voluntad de Dios, que non olvidó á sus pecadores, segun que adelante contarémos. E Baldovin, que estaba sobre la peña, dió grandes voces, quejándose porque non podía hallar la sierpe, ca dormía entonces, como estaba harta del asno que comiera todo é de Arnol, sino la cabeza, que dejara sobre una piedra. E cuando Baldovin vió tan grande muchedumbre de culebras hobo muy gran miedo, é arrepintióse porque non creyera á Corvalan del consejo que le daba; però dijo que non descendería del monte fasta que ficiese tal cosa que los turcos é los cristianos lo hobiesen por maravilla; é el Soldan é Corvalan non osarian mirar cómo él lidiaria aquel día, é si lo viesen, folgarían mucho dello. E estando allí Baldovin, rogó á Dios que le mostrase la sierpe; é estonce descendió allí san Miguel á él en figura de paloma, é dijole de parte de Dios, así como en vision, que non hobiese miedo ninguno é se esforzase; que aquel que fuera ferido de la lanza de Longinos en el costado, ese mesmo había de ayudarle porque tenia firme fe é buena creencia en él; é ante que fuesen al templo de Hierusalén, serían por él sacados é libres de cativo diez mil cristianos que yacían en tierra de moros, que fueran presos de la hueste de Pedro el Ermitaño, que habían mucho llorado ya, rogando á Dios que oyese sus oraciones, é Dios oyólas, é quiereles dar este galardón por tí. Cuando Baldovin esta razon oyó é la entendió hobo muy gran alegría é alzó la cabeza; é acabada la razon, fuése dende el ángel,

é estonces creyó Baldovin muy bien que le ayudaría Dios é lo defendería; é levantóse en pié, é encomendóse á Dios, é fuése derechamente para el lugar do yacía la sierpe durmiendo; é ella despertó luego, é pues que vió á Baldovin, levantóse récia, é extendiéndose con gran saña, mirólo tan fieramente, que le tremió toda la carne é erizáronsele los cabellos, é encubrióse de sus orejas, é firió con el pié en la peña, de manera que salió della fuego. E cuando la vió Baldovin, fuyera muy de grado, si pudiese; mas la sierpe salió de la peña, la garganta abierta, é dió salto en él; é fizo él luego el sino de la cruz é dijo así: que la conjuraba por Dios é por sus santos que no hobiese poder sobre él de manera que él fuese vencido. Despues que Baldovin conjuró la sierpe, luego le echó un dardo; mas tanto había ella el cuero duro, que no le fizo ningún mal, mas que si firiere en una yunque de acero templado; però tan de récio la firió, que el dardo recudió fuera, é fízose todo piezas, é el fierro con el asta; ca por el diablo que tenía en el cuerpo era muy fuerte é ligera, é con la gran saña que la firió Baldovin, dió ella una voz tan grande, que tremió el monte é el aire todo á derredor del monte mas de diez leguas.

CAPITULO CCXLVI.

Cómo Corvalan é su gente se armó para ir á pelear con la sierpe é ayudar á Baldovin.

Corvalan é su gente, que estaba en el vergel, como habemos dicho, oyeron la voz de la sierpe é hobieron muy gran miedo, é dijo Corvalan: «Por buena fe nosotros facemos gran locura en atender aquí tanto, ca rato há que debiéramos ser movidos de aquí; é ¿oides? Muerto es el caballero que se preciaba mucho, é non le verémos jamás, é bien cuido que poco se defendió á la sierpe.» Cuando los cativos oyeron la voz de la sierpe é lo que decía Corvalan, comenzaron á llorar, diciendo que muchas cuitas habían sufrido en uno, que non verían jamás á Baldovin; é decía don Juan de Alís (1) que ficeran mal é que habían mucho errado, de manera que no serían mas honrados en ninguna buena corte ni osarian hablar ante hombres buenos, pues que por tan poca cosa estaban así espantados é desmayados, é non osar subir con Baldovin al monte; mas que si hobiese hí alguno dellos que quisiese subir con él, que iría él allá con él de grado, é lidiaria con la sierpe. Allí respondió Corvalan á esto, é agradecióle mucho aquella palabra que dijiera, é dijole que pensado había ya de subir al monte, é levar consigo cuatrocientos caballeros muy bien armados de lanzas é de dardos é de arcos. Cuando aquello oyeron los cristianos cativos fueron muy alegres, é hesáronle los piés é agradeciéronle mucho. Allí dijo el abad de Sandanis que ya gran rato había que debieran ser subidos al monte, porque acorriesen á Baldovin ante que muriese; é dijo el obispo de Fores que fiaba él por Dios que vivo era Baldovin aun, é que Dios lo guardaba, é dijoles luego: «Señores, védes aquí á Corvalan; si vos lo otorgare, subamos con él al monte é lidiemos con la sierpe, é acorrerémos á Baldovin, si fuere vivo.» Respondió Corvalan: «Por buena fe antes me place, é otórgogelo é subiré con vosotros, é non

(1) En otras partes Juan Dalis, véase pág. 17.

vos falleré, ante vos ayudaré cuanto mas puidere.» É estonces llamó á Murehiel é Abriame que fuesen con él é ficiesen armar cuatrocientos caballeros, é que quedasen las que eran feridos, que los guardasen los sanos é curasen dellos; é armáronse luego é comenzáronse de ir al monte.

CAPITULO CCXLVII.

De lo que acaesció á Baldovin despues que echó el un dardo.

Despues que Baldovin lanzó el dardo á la sierpe é non le hizo ningún mal, é echó ella la gran voz, segun que habemos contado, mirólo muy sañadamente é dió salto en él, é firióle en el escudo con las uñas de manera, que lo fendió todo, é rompióle toda la loriga de la diestra parte hasta en las faldas, é la carne de las espaldas hasta en los huesos, é descendieron las llagas hasta en los lugares do cubren los paños de la parte detrás; é Baldovin llamó estonces el gran nombre de Dios, é tenía en la mano la una de las espadas, é quiso ferir la sierpe, mas saltóle ella de travieso é tomó la espada con los dientes é quebrantó toda la manzana que tenía, é quiso tragar la espada, mas atravesósele de manera, que le entró la punta della por el paladar; é la sierpe, contendiendo á tragar la espada, entróle hácia abajo, é cuando quiso apretar la boca extendióse la espada, que estaba doblada, é entróle por el quijar de yuso, é comenzó á correr la sangre de la garganta; así que, fué Baldovin como seguro de los dientes de la sierpe, donde fué muy alegre, así como si hobiese ganado una ciudad; é estonces comenzó la sierpe á hacer muy gran ruido é dar grandes voces é echar grandes gemidos, é acometióle muy fieramente; é Baldovin, llamando todavía los grandes é altos nombres de Dios, é despues que los hobo dicho, mostró nuestro Señor Jesucristo la su virtud. É estonce le salió el diablo por la garganta, que non pudo hí mas estar, é viole Baldovin al diablo salir della en semejanza de cuerpo; é fincó la sierpe tan atordida, que apenas se podía tener en los piés, é mucho le menguó de la fuerza que había cuando el diablo estaba en ella, é menguóle por el espíritu maligno que estaba en ella, que se fuera; però dióle luego salto á Baldovin, por le maltraer é confundir, sobre las piedras agudas, é firióle con las uñas en el yelmo de manera, que le quebrantó los lazos dél é colgógelo de la cabeza, é hizole cuatro llagas con las puntas de las uñas; é tan grande fué el golpe, que todo se descompuso Baldovin, de tal manera, que hobiera de caer; però tóvose bien, ca le fué escudo Jesucristo. Baldovin tenía en la mano la otra espada, que era muy buena, é dióle con ella tal golpe sobre las orejas, que la espada, maguer que era muy buena, toda se dobló; así que, se hobiera de quebrar, é non pudo tajarle solo un cabello; é tiróse luego afuera, é dijo que non había en el mundo cosa tan dura, á que él tan gran golpe diese, que no ficiese señal, sino en aquel diablo.

CAPITULO CCXLVIII.

De cómo el diablo salió de la sierpe.

Despues que el diablo salió de la sierpe, así como es dicho, levantóse un torbellino negro é espantoso é muy espeso, é descendió sobre la gente de Corvalan, é per-